

Cultura del ser, dar y servir

Jorge Yarce

El principal activo de cualquier grupo humano –familia, empresa, sociedad– son las personas. Parece una verdad de Perogrullo pero es así de elemental. Lo que ocurre es que las personas no están nunca completamente desarrolladas, terminadas o acabadas como puede estar un mueble o una joya. Constituyen un potencial ilimitado, con reservas siempre renovables, lo que no ocurre con otro tipo de “recursos”, término éste que resulta inadecuado para denominarlas. Sería mucho mejor hablar de talento humano, capital intelectual o capital humano, potencial humano o de crecimiento personal.

El talento humano crece a través del trabajo como *dedicación permanente y comprometida en la obtención de unos resultados que implican beneficios económicos o de otro orden, satisfacción personal y servicio a la sociedad*. El trabajo en la primera fuente de realización y despliegue de las posibilidades humanas y, a la vez, de autoestima y reconocimiento por parte de los demás.

La persona a través del trabajo se hace merecedora de estima por sus logros y por su esfuerzo en cumplir lo que ella misma, –y los otros también– espera de sí. Esto es lo que se ha denominado el papel de las *expectativas* en el desarrollo personal. Dicho con otras palabras: lo que yo quiero ser, lo que espero de mí, lo que constituye mi propio sueño de futuro, es tan determinante como lo que quienes me rodean (colegas, familiares y amigos) piensan que yo voy a ser o puedo llegar a ser.

Si nos miramos en un espejo todos los días, vemos inmediatamente lo externo, comprobamos que conocemos algo de nosotros mismos, pero ese algo esté detrás de la piel. Esa imagen es incompleta porque, como expresa Mark Twain en una de sus obras, “en todo Juan hay tres Juanes: el que él cree que es; el que los demás creen que es; y el que realmente es”. Podríamos decir que hay dos Juanes más: el que él *quiere ser* y el que él *puede ser* en el futuro. Si nuestra mirada al espejo no se queda en lo físico, en

lo epidérmico, en lo superficial de nosotros mismos sino que va al interior, nos daremos cuenta de que lo más importante es lo que no alcanzamos a ver: inteligencia, afectividad, voluntad, libertad, deseos de felicidad, afán de servir, entusiasmo por la vida...

Lo más valioso de la persona no es tangible, no se puede acariciar físicamente: son bienes interiores –amor, fe, libertad, dignidad...– Pero, a veces, lo olvidamos y tratamos de manipular esos bienes como si fueran objetos o los confundimos con cierto tipo de cosas que van unidas a ellos. Por decirlo con un ejemplo, si no salimos a la calle con dinero en el bolsillo, bastante más de lo previsible e incluso cuando no vamos a necesitarlo para nada, es señal de que sin dinero nos parece que no podemos ir a ninguna parte, lo cual ya no es tan cierto.

Lo anterior se explica por el papel que juega en la vida *el tener* (tener cosas, tener dinero, tener inteligencia, tener amigos...). pero de ninguna manera “yo soy lo que tengo”, como tampoco “yo soy lo que hago”, así me la pase haciendo algo todo el día.

El ser humano necesita interiorizar lo que hace, en una palabra *obrar*, es decir, lo que queda dentro de sí en sus acciones, que lo conducen no sólo hacia un resultado externo, hacia las cosas que produce o al servicio que presta, sino hacia sí mismo, retornan a él con un valor agregado, un incremento que, tomado integralmente, podemos llamarlo crecimiento personal.

La conducta se estructura en torno a fines, no en torno a circunstancias o a cosas que son medios, como pasa con el dinero o con el trabajo mismo. Por eso el dilema de *si trabajamos para vivir o vivimos para trabajar* sólo puede resolverse a favor de lo primero. Lo otro es una deformación que lleva al *activismo*, o sea, a un hacer incesante en razón de los resultados económicos, sin equilibrio interior, sin salud espiritual. En esos casos se trabaja por el trabajo mismo, como si este fuera la finalidad última de la vida y todo lo demás se subordinara a él.

“La peor miseria del hombre no es no tener sino no querer (Thibon). Son más graves los problemas que engendra la falta de un querer, el no saber exactamente lo que queremos en la vida, que los problemas que genera el no tener cosas materiales o dinero. Aquellos problemas necesitan un remedio mucho más complejo que estos otros.

Los problemas del querer son, en el fondo, no saber dónde está o debería estar nuestro corazón. De ahí su interacción con los afectos, sentimientos, pasiones y motivaciones, hasta con las simples ganas de vivir. No es, pues, extraño afirmar que “un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas (San Agustín).

Si mi principal preocupación es *ser* lo que quiero ser, *el tener* se desplaza a un segundo lugar, como también se desplaza el *estar* : estar bien, estar tranquilo, estar cómodo, estar satisfecho... Visto de este modo el verbo *estar*, en español, es menos fuerte que el verbo *ser*. Este tiene una carga profunda que incita a escarbar en lo humano, a acometer la tarea más de difícil, la de autocomprendernos y trabajar en la construcción de nuestra personalidad.

La cultura y los valores personales y la cultura y los valores de las organizaciones, pugnan constantemente entre el *tener* y el *ser*. La cultura del tener es materialista y consumista, partidaria del éxito como fruto exclusivo del resultado económico positivo.

La cultura del ser es más bien interiorizante y espiritual: busca la satisfacción de la persona en términos de sentirse más o menos feliz, aunque no disponga de muchos bienes económicos. Incluso la sobreabundancia de estos tiende a ahogar la agilidad interior de la persona, recorta su libertad por tener que estar constantemente eligiendo entre muchas posibilidades.

El problema principal de la existencia humana no radica tanto en cómo hacer las cosas sino en para qué las hago. Frankl nos recuerda la conocida frase de Nietzsche: “Quien tiene un porqué para vivir, encontrará siempre el cómo”. Lo importante no es saber de qué se vive sino para qué se vive.

En la cultura del tener predominan el capital como patrimonio, el dinero, la rentabilidad, y el crecimiento como aumento de riqueza y de poder, lo mismo que el afán de poseer y de dominar.

Desarrollarse se confunde indebidamente con ser capaz de poner los medios científicos y técnicos al servicio de la máxima producción económica posible. La empresa es, en este enfoque, una máquina para hacer dinero y “los negocios son los negocios”, donde no caben consideraciones de otro orden. Son las empresas sin alma, inhumanas, en las que todo se subordina al beneficio material.

En la cultura del *ser*, el principal capital son las personas como el centro de cualquier organización y el eje alrededor del cual se construye la cultura corporativa. El trabajo produce beneficios económicos pero éstos se subordinan al crecimiento personal y a la proyección social de la empresa.

Digamos que al beneficio se agrega valor con el servicio entendido como mejoramiento humano y social. Así vistas las cosas, en la empresa toda aportación es beneficiosa, no sólo la que proviene de las utilidades. Por eso en ella juegan un papel decisivo los principios y los valores que orientan el trabajo de todos.

La cultura del ser se orienta al dar como hábito permanente en la persona: la generosidad, fruto de la apertura a los demás y de la donación de sí mismo como actividad que nos hace trascender. En el fondo, al hombre no le basta tener o poseer cosas, conocimientos o virtudes.

El hombre tiene que ir más lejos, salir de sí, y esto sólo lo logra con el *dar*, con el donar, con el dar sin perder lo que se da, lo que se tiene, proceso en el cual surge la entrega, que no necesariamente está ligada al tener, porque puedo darme sin tener mucho que dar en el orden material.

Cuando la generosidad se pierde y el tener es amo y señor del pensamiento y del obrar, tiene sentido la expresión: “Esta persona es tan pobre que lo único que tiene es dinero”. Y al contrario, cuando la generosidad es el amor y señor del pensamiento y del obrar,

tiene sentido un comportamiento como el de la Madre Teresa de Calcuta quien, al decirle alguien “Lo que usted está haciendo yo no lo haría ni por un millón de dólares”, reaccionó diciendo: “Yo tampoco lo haría por ninguna suma”.

La persona da porque es un ser con intimidad, que se abre al otro, un ser que comprende que su vida como tarea es añadir al *tener* el *dar*, y esto es amar, amor que resume todas las actitudes del hombre, un amor recíproco que dignifica, que no se cansa de dar, que comparte y colabora, con la esperanza puesta más en los otros que en sí.

Hay una íntima conexión entre el ser, el dar y el servir. Este último constituye un referente concreto y vinculante del trabajo humano, indicando que, además del perfeccionamiento propio que le brinda a la persona que lo ejecuta, su sentido pleno lo adquiere la orientación a satisfacer necesidades y aspiraciones de los otros.

El servicio viene a identificarse con la calidad como sello que se imprime validando una cadena de actos de servicio, corroborados con la satisfacción de aquel al que se prestan, bien sea éste un familiar, un amigo, un compañero de trabajo o un cliente o usuario de la empresa para la que trabajo

Propio de la cultura del ser es servir, así como de la cultura del tener es propio el poseer con miras al disfrute individual, a la autosatisfacción con tintes egoístas.

Aunque a través del servicio se entregue un producto o se brinde algo tangible, como se trata de un contacto entre seres humanos, entre personas, el servicio es un intangible, una forma de expresión del trabajo.

Es obvio que cuando lo que se tiene son conocimientos o cualidades interiores, se trata de una forma de tener no opuesta al ser. Aquí insistimos en la forma de tener cosas, de poseerlas como objeto de disfrute. Y no porque no le sea lícito al hombre tenerlas sino porque la persona está llamada a trascender esa posesión, a dotarla de su propia espiritualidad, poniéndola a disposición de su ser. El hacer, la actividad productiva, conduce al tener y éste sólo se

dignifica en la medida en que *tengo* para mejorar mi calidad de vida no para envilecerla o rebajarla, en la medida en que soy.

En resumidas cuentas yo no soy lo que tengo, ni lo que hago, ni en lo que estoy o como estoy. Soy lo que soy en cada uno de mis actos y lo que me propongo ser en el futuro, es decir, un núcleo íntimo y abierto de vida, autocontrolado y libre, desde el cual doy sentido a todo aquello que es resultado de mi trabajo o con lo que me relaciono, sean personas o cosas. Dar para servir o servir para dar se resuelven en lo mismo, ya que el corazón de la donación o del servicio es un puente con los demás vistos como un *alguien* merecedor de esa conducta por mi parte.

Dar y servir conectan con un valor imperativo para la construcción social que debe salir de los pasos del hombre en su trabajo: la solidaridad humana. Ser solidario no es tener un sentimiento más o menos epidérmico de la necesidad ajena y del deber de ayudar al otro. Es un vínculo mucho más consistente: la obligación solidaria en derecho es aquella en la que responde cualquiera de los que la ha suscrito. En términos de solidaridad, todos somos responsables de todos

Eso quiere decir que necesitamos a los demás y ellos nos necesitan. Y el punto de encuentro es el trabajo, servir en lo que podemos servir, dando ahí lo mejor de nosotros mismos y de nuestros esfuerzos. Es algo que está al alcance de todos, no sólo de los que tienen el privilegio del conocimiento profesional, de la adquisición de habilidades o del desarrollo de capacidades específicas. Todo esto hace que la persona progrese hacia adentro, crezca. Que no es otra cosa que desarrollar hábitos de hacer bien las cosas, los cuales se convierten en virtudes, es decir, en modos estables de obrar, tan arraigados que operan inconscientemente, sin que por ello le reste valor o mérito al esfuerzo que hace la persona por adquirirlas.